

INTRODUCCIÓN

Una línea de investigación del cristianismo latinoamericano la constituye el protestantismo temprano, a partir del siglo XIX cuando las denominaciones protestantes se establecieron formal y definitivamente en los nuevos países independientes. Sin embargo, el protestantismo histórico es quizá el menos favorecido como objeto de estudio en la historiografía reciente, debido a que el rápido avance del evangelismo en toda hispanoamérica está ocupando fuertemente la atención de los investigadores, mientras se deja sentir la falta de trabajos profundos sobre la génesis de la identidad protestante actual y sus construcciones simbólicas, así como del papel jugado por los miembros de las iglesias Metodista, Bautista, Presbiteriana, Luterana y Episcopal o Anglicana, entre las más importantes, en la conformación cultural, política y social en América Latina.

De las Iglesias surgidas de las corrientes emanadas de la Reforma: luterana, calvinista y anglicana, esta última, fundada por Enrique VIII, quien se autoproclamó Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra, al no tener un vínculo histórico directo con la doctrina reformada, no puede considerarse propiamente una Iglesia protestante pues, de hecho,

1 Doctorante en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Correo electrónico: bianpg@yahoo.mx.

guarda marcadas diferencias con dichas Iglesias y se mantiene muy semejante a la Iglesia Católica, sólo que en comunión con el obispo de Canterbury en lugar del papa. Sin embargo, suele considerársele, particularmente en la historia del protestantismo histórico cubano, como una iglesia protestante, premisa que se conservará en este trabajo. Tales confesiones pasarían posteriormente de las urbes europeas a sus colonias, no tanto como una imposición sino a través de la emigración de colonos y funcionarios. Sin embargo, la monarquía española se convirtió en el bastión de una contrarreforma y estableció la religión católica como única y exclusiva en todo el reino, incluidas sus posesiones de ultramar, cuyo control quedó bajo su mando en virtud del Patronato Regio otorgado por la Santa Sede desde el inicio de la conquista. De esta forma, el establecimiento de congregaciones protestantes en las colonias españolas no fue fácil debido a la poca tolerancia por parte de las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, situación que se vio modificada hasta la conformación de repúblicas independientes en casi toda Hispanoamérica.

La *Historia del Protestantismo en América Latina* de Jean-Pierre Bastian, (1990) constituye una obra de mérito en la materia, sobre todo si se considera el objetivo de situar la génesis del fenómeno en el marco de las dinámicas políticas nacionales. Complementa esta obra el libro *Protestantismo y modernidad latinoamericana: historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*, del mismo autor (1994). No obstante, lo ambicioso de obras como éstas, obliga a dejar de lado las particularidades locales menos significativas para el proceso regional. Por fortuna, el propio Bastian dedica un trabajo al protestantismo en las colonias españolas caribeñas de Cuba y Puerto Rico, en relación con su proceso de independencia (1998). No abunda bibliografía especializada sobre la historia del protestantismo en Cuba, pero las que existen, desde las obras del norteamericano-cubano Gerardo Castellanos en 1935 y del misionero sociólogo norteamericano John Merle Davis en 1941 hasta las más recientes, como la clásica obra del cubano-norteamericano Marcos Antonio Ramos *Panorama del Protestantismo en Cuba* (1986), las de Carlos Molina, Rafael Cepeda, entre otras, tienen la virtud de articular el fenómeno con los procesos políticos nacionales y transnacionales (especialmente España y Estados Unidos) y de hacer clara diferenciación explícita o implícitamente, entre la forma que adquirió la penetración protestante en Cuba y las observadas en el resto de América Latina.

Como bien observa Carlos Mondragón (s/f) quien, con otros investigadores del Centro de Estudios del Protestantismo Mexicano, expande el abordaje del tema a niveles continentales, los orígenes del protestantismo latinoamericano son diversos y no se reducen a la introducción y difusión que hicieran los misioneros extranjeros. Tal es el caso de Cuba. Parafraseando a Carlos Molina, importante estudioso de las iglesias reformadas presentes en el país caribeño, a diferencia de los demás países iberoamericanos, el protestantismo en la isla no fue traído por extranjeros, sino por propios cubanos (2011: 39) Esta característica sí que vuelve atípico el caso cubano en relación con los otros países de Latinoamérica.

ANTECEDENTES DE PROTESTANTISMO EN CUBA

En la América hispana continental, antes de terminado el periodo colonial, los sujetos denunciados como practicantes de la “herejía luterana” eran enjuiciados por el tribunal de la Santa Inquisición, pues su práctica estaba prohibida por las leyes españolas.

En la región del Caribe, las principales potencias europeas: Inglaterra, Francia y Holanda, que disputaban a España el dominio de los territorios insulares y de las rutas marítimas, trajeron consigo el cristianismo emanado de la Reforma y establecieron formalmente el culto protestante en la región. De este modo, las colonias españolas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico tuvieron cierto contacto con el protestantismo, siempre bajo la sospecha vigilante no sólo del tribunal inquisitorial sino de los gobiernos, por lo que, a pesar de estas influencias y del frecuente contacto con piratas y corsarios franceses e ingleses, el desarrollo del protestantismo no se hizo posible, ya que sólo se verificaron ciertas incursiones aisladas.

En 1741, naves inglesas desembarcaron en la bahía de Guantánamo, muy cerca de la ciudad de Santiago, ubicada al extremo oriente de la isla, donde se encontraba la sede de la diócesis única de Cuba. Las milicias locales y la propia Iglesia Católica, sobre todo en la persona del entonces *dean* de la Catedral de origen dominicano, Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, tuvieron el mayor protagonismo en la derrota y expulsión de las tropas inglesas, evitando la pérdida de la Isla. No obstante, este episodio en la historia cubana, aunado a las continuas intrusiones piratas, constituyen los primeros antecedentes del protestantismo.

En 1762, los ingleses penetraron nuevamente en Cuba. Esta vez, tras la capitulación del Capitán General de la Isla, ocuparon la ciudad de La Habana por espacio de once meses. Tal suceso se desarrolló en el contexto de la llamada Guerra de los Siete Años librada por España y Francia en un bando e Inglaterra en el otro (1756-1763). El jefe de las fuerzas británicas, George Keppel, quien firmaba sus misivas como Conde de Albemarle, pidió al, para entonces, ya obispo de Cuba, Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, una Iglesia para practicar el culto anglicano. El obispo se negó con el argumento de que tales pretensiones no estaban comprendidas en el documento de capitulaciones en el que los ingleses se habían comprometido a “conservar los usos y fueros” de la Iglesia.

En las memorias del año 1838, la Sociedad Patriótica de La Habana publicó un artículo dedicado a la toma de La Habana por los ingleses, donde reprodujo íntegramente la correspondencia entre el conde de Albemarle y el obispo de Cuba. De ahí se desprende que en una nueva carta, de fecha 30 de agosto de 1762, el conde insistía al obispo en que mandara “proveer para las tropas británicas una iglesia en que celebren los oficios divinos o bien que se les señalara una alternativamente con los católicos, para tales horas á (*sic*) mañana y tarde, en que estos no usen de ella” (Sociedad Patriótica de La Habana, 1838: 368). Nuevamente, el obispo escribió con fecha 2 de septiembre de 1762 su negativa al jefe de la ocupación “por no ser conforme á (*sic*) las máximas de la religión católica” cuya conservación –también insistía– se aseguraba en el documento de capitulación (Sociedad Patriótica: 368). En nueva carta, fechada el 4 de septiembre del mismo año, el general inglés dijo desconocer capitulación alguna con la Iglesia y agregó que ninguna podría excluir a los vasallos del rey de Inglaterra de ejercer su culto, por lo que, si no se le asignaba un templo, él tomaría el que mejor le pareciese (Sociedad Patriótica: 369). Luego de consultar con sus preladados, el obispo se limitó a responder que si así lo había resuelto, designara la Iglesia de su agrado para desocuparla. Albemarle eligió la de San Francisco, cuya entrega hizo prudentemente el vicario provincial de los franciscanos (Sociedad Patriótica: 370). De esta manera, la religión anglicana se practicó formalmente por primera vez en la isla de Cuba, pero su irrupción en la vida de la ciudad habanera prácticamente concluyó con la salida de las tropas inglesas en 1763, después de firmada la paz entre España e Inglaterra.

La relativa apertura comercial que se verificó en los años posteriores, misma que suele atribuirse en parte a la política mercantil

implementada durante la ocupación inglesa, atrajo a la Isla gente de negocios de países protestantes, especialmente de Inglaterra y Estados Unidos. En tanto España solía poner como condición a quienes desearan establecerse dentro de sus territorios por tales motivos, que profesaran la religión católica, los gobiernos protestantes también presionaban por facilidades para que, en estas circunstancias, sus ciudadanos practicaran sus creencias. Así, cierta tolerancia comenzó a verificarse. Por otra parte, un enorme salto de progreso verificado en Cuba hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, no sólo económico sino educativo y cultural, fue preparando el terreno para una mayor aceptación hacia las creencias de los extranjeros en Cuba.

Ya en el siglo XIX, aunque escasa, la presencia protestante en la isla era constante; y aun cuando su actividad sólo se reducía al culto y a un proselitismo muy discreto que consistía básicamente en la difusión de Biblias, su actividad se relacionó algunas veces con luchas sociales, particularmente en el caso de los ingleses que se pronunciaban por el fin del comercio de esclavos, por cuya total abolición Inglaterra presionaba a España sin mucho éxito. Los protestantes, en particular metodistas y bautistas, estuvieron vinculados a las conspiraciones de esclavos y también con los movimientos separatistas (Ramos, 1986: 67). En 1855, la actividad proselitista como tal se vio truncada en Cuba con la promulgación de una ley en contra de la distribución de Biblias.

Avanzando el siglo XIX, tras el triunfo de los movimientos independentistas en América Latina, los gobiernos que ocuparon el poder en los jóvenes países favorecieron la entrada de las misiones protestantes por razones utilitarias² más allá de las motivaciones anticlericales motivadas por la difusión del liberalismo europeo. No obstante, el liberalismo español de principios de siglo conservó un carácter católico, como quedó plasmado en la Constitución de Cádiz, que a pesar de todo no fue aplicada sino por un breve periodo entre 1820 y 1823 (Trienio Liberal). La supresión de conventos en España y desamortización de sus bienes en la segunda mitad de la década de 1830, no tuvo las mismas intenciones que motivaron la exclaustación de los religiosos y religiosas en los países que se adhirieron a la Reforma, en la que la vida monástica perdía todo sentido. En España, esta acción de gobiernos liberales fue en buena parte para desahogar la de-

2 Bastian considera que vieron en dichas iglesias un aliado para emprender la obra educativa debido a la escasez de recursos humanos e infraestructurales para acometer dicha empresa (1994).

plorable situación de las arcas españolas. En Cuba, todavía bajo el dominio colonial, las órdenes religiosas salieron en 1841; y en 1842 la Real y Pontificia Universidad de La Habana fue secularizada pues, desde su fundación en 1728, había quedado en manos de la Orden de Predicadores. Sólo hasta la firma del concordato de 1851 que restauró las relaciones entre la monarquía española y la Santa Sede, la Iglesia pudo recuperarse aunque nunca del todo. La importancia de este concordato para Cuba versó en el regreso de las congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, que proveyeron un dinamismo a la educación en la isla y a la vida religiosa en general.

La revolución española de 1868-1874, tuvo otras características. Aunque se desarrolló justo después de los famosos documentos papales (*Quanta Cura* y *el Syllabus* 1864) que enlistaba lo que la Iglesia consideraba “errores de nuestro tiempo”, de ella emanó la Constitución de 1869 que por primera vez estableció la libertad de cultos. A pesar de la brevedad de aquel periodo, que comprende la Primera República Española (1873-1874) y que culminó con la restauración borbónica a finales de 1874, Jean-Pierre Bastian considera que fue tiempo suficiente para una cierta penetración del protestantismo en España. Según el autor, los inicios del protestantismo español estuvieron “directamente ligados” al triunfo liberal de este sexenio. Bastian recupera los nexos entre el liberalismo, la masonería, el protestantismo e incluso el anarquismo y el socialismo en España, todos ellos identificados por su crítica al catolicismo y al monarquismo, fenómeno ocurrido principalmente en la región andaluza, más republicana y federalista que la monárquica y católica Castilla (1998: 146). Todo este complejo de redes y relaciones tuvo repercusiones en la colonia de Cuba, debido al constante flujo de españoles y cubanos entre la Isla y la Metrópoli. La fuerza con la que el protestantismo logró penetrar en España no fue tanto numérica sino ideológica, debido a su cercanía con las facciones más progresistas de la época. Sin embargo, el advenimiento protestante en la mayor de las Antillas no vino de España como sí ocurrió con una vertiente de la masonería. En 1876, una nueva Constitución de la restaurada monarquía española volvía a proclamar la religión católica como la oficial y daba al traste con la separación Iglesia-Estado. Sin embargo, también proclamaba que nadie sería molestado dentro del territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su culto, aunque sólo permitía públicamente las ceremonias religiosas del catolicismo (Constitución de 1876, Art. 11).

Al mismo tiempo, en Cuba, el 10 de octubre de 1868, iniciaba un episodio de la lucha armada por la independencia, la llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878). Durante el tiempo que duró la contienda y posteriormente, una gran cantidad de cubanos emigraron principalmente a Estados Unidos. No todos eran perseguidos por las autoridades coloniales por motivos insurgentes. Muchos simplemente huían del horror desatado en la Isla sobre todo por los “voluntarios” grupos de civiles ultra integristas que perseguían y asesinaban a cualquier persona de quien se tuviera la más ligera sospecha independentista. Cuando el primer obispo episcopal de Minnesota, Henry Benjamin Whipple, visitó Cuba en marzo de 1871 para conocer las necesidades de la colonia extranjera, fue testigo de la gravedad de esta situación que incluso tuvo víctimas extranjeras pertenecientes al protestantismo. El obispo Whipple se convenció de la necesidad de un capellán permanente para los protestantes que vivían en La Habana, pero también para la población flotante que llegaba en los barcos y permanecía días en el puerto sin tener quién la atendiera en lo religioso ni aún la auxiliara en caso de necesidad urgente (De la Paz, 2008: 7). En noviembre de 1871, Edward Kenney, con 23 años, proveniente de Maryland, se convirtió en el primer capellán permanente de la comunidad extranjera en Cuba de religión protestante. Un grupo de obispos episcopales se opuso a la idea de fundar una Iglesia episcopal dentro de la jurisdicción de otra iglesia histórica, en este caso la católica, pero se les convenció de que se trataba de una necesidad de acompañamiento a los protestantes de la Isla y de que no se realizaría ningún tipo de proselitismo entre los católicos. La mayor parte del trabajo pastoral de Keeney se desarrolló durante la Guerra de los Diez Años. A partir de sus informes, rescatados por De la Paz, (2008: 11-12) sabemos que no intentó labor proselitista pero que otros «extranjeros» como los chinos, se interesaron en el evangelio episcopal, por lo que preparó unos cursos de bautismo y confirmación para un grupo de más de treinta personas de la colonia china, la cual vivía casi en situación de esclavitud; también logró conseguir para ellos al menos doscientos libros en su idioma. Se sabe que igualmente se le permitió atender a negros debido a que éstos eran considerados extranjeros, por lo que trabajó con esclavos y libertos tanto en La Habana como fuera de ella.

La Guerra de los Diez Años, concluiría con la firma del Pacto de Zanjón, pero este episodio de la historia cubana e incluso fallidas

expediciones anteriores, resultaron clave para el posterior desarrollo del protestantismo cubano. Después de 1878, la persecución no cesó por parte del gobierno español en su afán por restaurar las condiciones que imperaban antes del conflicto: colonia española, catolicismo como religión única, sistema de castas, casta dominante blanca profundamente conservadora y esclavitud como base de la economía insular. A este *status quo* hay que agregar a Estados Unidos como principal socio comercial y también como principal destino de los exiliados, por causa de sus actividades conspirativas, y de los refugiados por la persecución. La masonería irregular cubana había tenido un papel protagónico en la guerra, por esto, muchos de los emigrados eran masones, ya que se inició una cacería generalizada en su contra, aun cuando la masonería regular no era independentista pues estaba conformada por muchos españoles fieles a España.

Fue en esta época de finales del siglo XIX, cuando se fundaron las primeras congregaciones protestantes en Cuba, por cubanos que regresaron de Estados Unidos, mismas que tuvieron buena acogida entre sectores que deseaban la independencia o que no veían con malos ojos la anexión de la isla al poderoso vecino. No está, sin embargo, claramente identificada hasta el momento la composición social de los adeptos de estas iglesias pioneras. Las primeras Iglesias protestantes en Cuba fueron: la Iglesia Episcopal o Anglicana, la Metodista, las iglesias Bautistas, la Presbiteriana y la de los Amigos o Cuáqueros (Hernández, 2010: 20-21). Pero, ¿quiénes eran estos fundadores cubanos y qué relación tienen con el proceso independentista de la Isla?

LOS MISIONEROS PATRIOTAS

El concepto de “misioneros patriotas” fue creado por Rafael Cepeda³ (1976) y se refería a los cubanos que conocieron el Evangelio al estilo protestante en Estados Unidos, y se convirtieron en pastores enviados a Cuba antes de 1898 (año en que se concretó la independencia de Cuba de la dominación española). Carlos Molina Rodríguez y el propio Rafael Cepeda, en su texto *Misioneros patriotas revistados* redefinen el con-

3 Pastor presbiteriano, fundador del Instituto de Estudios Bíblicos y Teológicos (ISEBIT) en La Habana, que es un centro ecuménico para la alta formación de líderes laicos cristianos. Fue un destacado profesor de Historia y Literatura. Murió el 12 de noviembre de 2006.

cepto así: “emigrados cubanos independientes –protestantes y episcopales–, quienes conocieron el Evangelio en Cuba o el extranjero, ejercieron labores pastorales antes de 1898 y establecieron, en algunos casos, denominaciones históricas en su país” (Molina, 2011: 38).

La emigración de cubanos a Estados Unidos no sólo fue motivada por la guerra, pues había comenzado desde principios del siglo XIX. Los cubanos se establecieron en algunas ciudades como Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleáns, en busca de mejores fortunas. En este contexto es que nace la «Iglesia madre del protestantismo cubano» según las palabras de su fundador, el primer cubano ordenado en una iglesia protestante, Joaquín de Palma, quien recibió la ordenación como presbítero episcopal. La Iglesia de Santiago Apóstol, en español, fue fundada para cubanos en 1866 en la ciudad de Nueva York. Desde ésta, el reverendo Palma apoyó de muy diversas maneras la ideología independentista y conformó una feligresía en la que infundió el espíritu patriótico. La participación de estos proto protestantes cubanos en el exilio durante la guerra de 1868 ha sido poco estudiada. La historiografía suele poner mayor énfasis en el papel del protestantismo en la guerra final del 95. Sin embargo, los discursos patrióticos de Palma, leídos después de su muerte, llegaron a conmover incluso a José Martí. Muchos cubanos que posteriormente integraron otras iglesias episcopales en español en ciudades como Filadelfia y Cayo Hueso habían asistido a los servicios religiosos de Palma en Santiago Apóstol (Ramos, 1986: 91-93). A mediados del siglo, los emigrantes habían cambiado tales destinos preferenciales y se habían establecido en ciudades más pequeñas donde iniciaron negocios más o menos prósperos, especialmente de la industria tabaquera. Los cubanos que llegaron con motivo de la guerra encontraron importantes colonias cubanas en grandes ciudades como Nueva York, pero también en pequeñas como Tampa e isla de Cayo Hueso en Florida.

De esta forma, los emigrados tuvieron contacto con el protestantismo⁴ al que encontraron atractivo comparado con las ideas religiosas provenientes del catolicismo difundido por la dominación española en Cuba. Varios se convirtieron en pastores y ejercieron su ministerio en las colonias de cubanos residentes en Estados Unidos, pero algunos regre-

4 Hay que recordar que después de la anexión de La Florida por parte de Estados Unidos que terminó de concretarse en 1821, la mayor parte de colonos españoles huyeron a Cuba por lo que el catolicismo que había fundado desapareció en aquella península casi por completo.

saron a Cuba, sea a La Habana o a otras partes de la isla, donde al mismo tiempo que ejercían su trabajo pastoral, realizaban actividades patriotas.

Se trata de personajes de diversas denominaciones protestantes en los que se encuentran dos fuertes aspiraciones: dar a conocer la doctrina evangélica a los cubanos y alcanzar la independencia de Cuba, una de las últimas colonias españolas en América, al igual que Puerto Rico.

LOS PATRIOTAS CUBANOS DE NUEVA YORK

La Iglesia Anglicana o Episcopal fue la primera en trabajar con los emigrados Cubanos en Estados Unidos, gracias a Joaquín de Palma, y a otros cubanos relacionados con él como Agustín Santa Rosa, Parmenio Amaya y Juan Bautista Báez.

Palma, a quien más tarde llamarían “el predicador revolucionario”, llegó a Estados Unidos junto con otros compatriotas a raíz del fracaso de la expedición de Narciso López en 1851. En Nueva York se dedicó a la enseñanza de la lengua española en la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) al tiempo que estudió la doctrina episcopal (anglicana). En 1866, Joaquín de Palma renunció definitivamente a su tradición católica y fundó su Iglesia para emigrados cubanos. Más tarde fundó otras iglesias en las colonias de Florida: Tampa, West Tampa y Cayo Hueso (Molina, 2011: 39-40). Si se intenta una periodización de la presencia episcopal en Cuba, algunos estudiosos consideran que un primer periodo abarcaría treinta años, desde la fundación de la Iglesia Episcopal de Santiago en Nueva York y ordenamiento del primer presbítero cubano hasta la intervención norteamericana en la isla en 1898 (De la Paz, 2001: 5).

La relevante actividad de Joaquín de Palma en pro de la patria se aprecia en sus sermones, algunos de los cuales, pronunciados durante el tiempo en que se libraba la guerra de los Diez Años, se ubican en la Biblioteca Nacional José Martí en La Habana, en los que resulta elocuente su trabajo pastoral al servicio de la independencia:

Hace ya más de cuatro años que los sostenedores de la tiranía [...] emplean el hierro, el fuego, las torturas y los cadalsos contra los que [...] proclaman la igualdad de todas las razas, fraternidad universal y la libertad de las conciencias (González, s.f).⁵

5 Sermón pronunciado en la Iglesia Santiago de Nueva York, el 28 de Noviembre de 1872.

¿Y habrá quien enseñe en el nombre del Evangelio que el Cristiano no tiene patria, que debemos dejar nuestro patriotismo en el umbral del templo, que nuestra religión debe ser un misticismo vago [...] que corrompiendo los principios del Evangelio destruya en nuestras almas los sentimientos de patria y de familia? (González, s.f.).⁶

El reverendo Palma, quien de acuerdo a Jean-Pierre Bastian había sido antes de salir de Cuba un cura católico (1998: 148) pero que al parecer no fue de esta manera, murió en Nueva York en 1884, mucho antes del triunfo del movimiento independentista. No obstante, su figura sirvió de inspiración para otros cubanos como el también presbítero episcopal, Agustín Santa Rosa, quien había emigrado con su familia a Estados Unidos siendo joven, y tuvo contacto con esta Iglesia a través de Joaquín de Palma. Las diversas actividades independentistas que Santa Rosa ejerció, lo convirtieron posteriormente en teniente coronel del Ejército Libertador Cubano. También él había participado en la expedición del vapor *Pampero*, liderada por Narciso López, que desembarcó en la playa El Morrillo, al norte de Pinar del Río en agosto de 1851, actividad por la que había caído prisionero y sentenciado a muerte, de la que se libró indultado por el Capitán General de la Isla. Al igual que otros cubanos que lograban escapar de la justicia española, Santa Rosa continuó participando en diversas expediciones por las que fue apresado varias veces, entre las que destaca la acusación por parte de un tribunal de la Marina, de participar en la captura del vapor *Comanditario* bajo las órdenes del capitán de fragata de Ejército Libertador Juan Bautista Osorio en marzo de 1869. Sólo la intervención del Cónsul de Estados Unidos en Cuba en junio de 1873, a súplica de los hermanos de la Iglesia, pudo liberarlo; sin embargo, en octubre de ese mismo año participó en otra expedición en el vapor *Virginus* pero todos los expedicionarios fueron capturados, juzgados y fusilados entre el 3 y 8 de noviembre de ese mismo año (Molina, 2011: 46).

Reiniciada la guerra en 1895, destaca la figura del Pastor de la Iglesia Metodista en Cuba, Clemente A. Moya, quien emigró a Estados Unidos y se integró en Brooklyn, Nueva York a la Misión Metodista Hispano-Americana donde realizaba frecuentemente veladas artísticas en su iglesia para recaudar modestos fondos y enviarlos al Parti-

6 Discurso pronunciado en la Iglesia Santiago de Nueva York, el 17 de Octubre de 1874.

do Revolucionario Cubano. Debido a su actividad, su nombre aparece varias veces en el periódico *Patria* fundado en Nueva York por José Martí. En 1896 se trasladó a Cayo Hueso donde combinaba sus tareas pastorales con actividades revolucionarias. Molina afirma que prestó apoyo para instruir expediciones (al menos la de Ricardo Trujillo) como instructor de evoluciones (2011: 74-75).

LOS PATRIOTAS CUBANOS DE FLORIDA

Como se ha dicho, desde mediados de 1850, los emigrantes exploraron nuevas oportunidades al suroeste de Florida y establecieron pequeñas industrias, principalmente tabaquerías. En Cayo Hueso el primer pastor para el ministerio con los cubanos fue Juan Bautista Báez, a petición de los emigrados de que se ofreciera una celebración del culto en español. Tal solicitud se realizó en la Iglesia Episcopal St. Paul en diciembre de 1875 y estaba firmada, entre otros, por Carlos Manuel de Céspedes, hijo del “Padre de la Patria” del mismo nombre (Molina, 2011: 46-47).

El más importante pastor metodista en Cayo Hueso fue Manuel Deulofeu, de quien Martí, reseñando su primera visita a Cayo Hueso, escribiera: “lleno de fuego criollo, con su alma rica de bondad” (Molina, 2011: 62). Deulofeu, a quien se le atribuyen ideas socialistas, escribió dos obras que refieren la época de los exiliados patriotas en Estados Unidos y la relación con Martí: *Héroes del Destierro. La emigración, notas históricas* (1904); y *Martí, Cayo Hueso y Tampa. La emigración, notas históricas* (1905), ambas impresas en Cienfuegos. En la presentación del primero de estos libros, Deulofeu expresa su deseo de que “los que siempre pensaron que Key West [Cayo Hueso] era una cueva de bandidos” reconozcan los elevados sentimientos de aquellos “patriotas abnegados” (1904: 5). De ello se infiere que el papel jugado en la independencia de Cuba por aquellas comunidades del exilio no era tan valorado, pues había un desconocimiento de su labor durante los años de preparación y durante las guerras; al grado de que existía una mala opinión sobre ellas y corrían el riesgo de quedar en el olvido. Deulofeu explica:

Me impulsa á (*sic*) publicar este libro, el deseo de que no se pierdan para la historia los nombres de los individuos que constituyeron el grupo de fundadores de Cayo

Hueso é (sic) Ibor City, de esos pueblos hermanos que fueron el más firme y poderoso apoyo que han tenido el derecho y las libertades de la Patria.

En el primero de estos libros, el autor del prólogo, Eduardo Alonso, afirma:

El presente libro podrá servir de fuente y verídica información á (sic) los historiadores que deseen relacionar el desarrollo del espíritu separatista en nuestro país, en sus distintas etapas, con la vida esencial y constantemente revolucionaria de las emigraciones, para asignar á (sic) éstas el lugar que les corresponda, como factores importantísimos del problema de nuestra independencia nacional (Alonso, en Deulofeu, 1904: 9).

Y en efecto, tales obras son de un valor histórico imprescindible. La oleada migratoria de independentistas a Cayo Hueso comenzó después del fracaso de unos 600 revolucionarios en Yara en 1968, que se comenzó en el ingenio la Demajagua convocado por Carlos Manuel de Céspedes. Este suceso fue nombrado por la prensa local y madrileña como el “Grito de Yara”.

Hay que considerar que la convergencia en los ideales separatistas fue posible gracias a que un importante número de emigrados se encontraba en el destierro por motivos comunes, relacionados con sus actividades insurgentes en Cuba. En general todos compartían una ideología liberal.⁷ El pastor Deulofeu declara que:

Todos los que vinieron a la pequeña isla en los comienzos de la guerra, eran un grupo de cubanos, perseguidos por sus libres ideas: y por esto, desde que allí se establecieron, cifraron su mayor empeño en favorecer á (sic) los patriotas que en los campos de Cuba luchaban por la independencia (1904:11).

Conforme al mismo autor “Ellos abrigaban tan elevados sentimientos patrióticos, que Key West llegó a ser el verdadero baluarte de la Revolución Cubana”. Afirma que, desde su llegada, los cubanos demostraron “su amor á (sic) la cultura y al progreso” (Deulofeu, 1904: 12). Rápidamente se formó gran cantidad de clubes patriotas y de centros de enseñanza, entre éstos, el *Club Democrático Cubano*, el *Liceo*

7 Para una lista aproximativa de los emigrados cubanos a Cayo Hueso puede consultarse: s. a. (s. f.) Cuban Inmigrants to Key West Prior to 1880. En: <http://freepages.genealogy.rootsweb.ancestry.com/~cubanroots/1880.html>.

Cubano y la escuela *San Carlos*, además de los periódicos *El Republicano* y la *Sociedad de Beneficencia Cubana*, entre otras publicaciones con carácter político o literario. Durante la inauguración del Centro San Carlos estuvo en la directiva como presidente el reverendo metodista Luis Someillán. El centro fue destruido por un terrible incendio que asoló Cayo Hueso en 1886 pero fue reconstruido en 1888.⁸ Algunos de estos espacios, además de ser centros de irradiación de las ideas liberales e independentistas, eran congregaciones masónicas. La relación entre el protestantismo y la masonería entre los cubanos de Florida está más que demostrada, lo mismo que en Cuba. Incluso algunos de estos personajes de la francmasonería eran pastores como el caso de Duarte, quien en 1880 fundó en Cayo Hueso la Logia Cuba No. 1 del rito de los Caballeros de la Luz, una organización cubana en Filadelfia creada siete años atrás (Hernández, 1993). Su labor a favor de la independencia siempre fue notable.

Existen anécdotas de cómo los obreros de las tabaquerías organizaban colectas de víveres y ropa para los que se encontraban en campaña u organizando alguna expedición y cómo se desprendían de lo que traían puesto. Los dueños de las tabaquerías solían tener igualmente un espíritu patriótico y deseaban que sus obreros formaran una clase ilustrada. Para esto empleaban personas que leyeran a los obreros mientras trabajaban, obras clásicas de literatura o del pensamiento social y político universal. Los cubanos de más prestigio en el ramo del tabaco fundaron una sociedad secreta llamada Liga Patriótica Cubana que se conocía públicamente como Sociedad de Socorros Mutuos Hijos de la Fe.

En 1891, por iniciativa de Eligio Carbonell y José Gómez Santoyo se fundó el Club "Ignacio Agramonte" en la ciudad de Tampa. A fin de recaudar fondos para la revolución se planeó una velada para el 26 de noviembre, a la que fue invitado como orador José Martí. El apóstol llegó a Tampa, proveniente de Nueva York, el 25 de noviembre de 1891 a media noche, donde, no obstante el mal tiempo, obtuvo un caluroso recibimiento.

8 El incendio destruyó una inmensa cantidad de viviendas y otros edificios, por lo que, sumado a la fiebre amarilla que asoló a Cayo Hueso en 1875, a la crisis de 1883-84 en que los trabajadores tabacaleros se pusieron en Huelga, siendo abatidos por españoles rompehuelgas que ocuparon sus puestos, y a que en 1894 muchas fábricas manufactureras y cerca de dos mil cubanos abandonaron Cayo Hueso para fundar la ciudad de West Tampa, se deduce que la colonia sufrió varios reveses durante el exilio.

miento por la colonia cubana de esa ciudad. Durante la velada, Martí pronunció su conocido discurso: “Con todos, para el bien de todos” y la noche siguiente, durante la velada para conmemorar el fusilamiento de los estudiantes de medicina realizado en La Habana el 27 de noviembre de 1871, pronunció otro famoso discurso “Los pinos nuevos”.

Durante su estancia en Ibor City, Martí se encontró con distintas personalidades que en algún sentido sobresalían pero también encontró una población cubana apta para desarrollar su plan de acción que había venido atrasando por considerar que aún no llegaba el momento oportuno para iniciar la lucha. Después de iniciarse la Liga Patriótica Cubana y de fundar la Liga de Instrucción, preparó un documento en el cual se empieza a comprometer y a ligar la emigración cubana de Tampa a su proyecto; ese documento contiene las resoluciones adoptadas por la emigración de Tampa. El 28 de noviembre, Martí Partió en tren, siendo acompañado por los cubanos en una alegre procesión hasta la estación ferroviaria.

En Cayo Hueso circulaba el periódico revolucionario *El Yara*. El 5 de diciembre del mismo año, el director del periódico recibió una carta de gratitud de Martí por haberle dedicado un suelto con fecha 18 de noviembre, con motivo de su visita a Tampa, y le expresó su deseo de ser invitado a Cayo Hueso. Los emigrados, al enterarse por boca de Francisco María González Quijado⁹, del éxito que causó la visita de Martí en Tampa en el enfervorizamiento revolucionario, decidieron invitarlo. No obstante, en Cayo Hueso, la convicción revolucionaria era mucho menos madura debido a las diferencias entre los diversos clubes y asociaciones con fines patrióticos. Además, la opinión sobre Martí estaba dividida, pues aunque se le consideraba un intelectual patriota indiscutible, se ponía en duda que fuera la persona idónea para llevar a buen término la lucha por la libertad de Cuba; en particular, los participantes en la Guerra de los Diez Años eran escépticos y desconfiados.

Quienes deseaban su visita se pusieron a realizar labor de convencimiento y a solicitar apoyo entre la gente para los gastos, logrando su cometido. Martí llegó a Cayo Hueso el 25 de diciembre de 1891. Parte de su labor consistió en lograr la unidad entre los patriotas sin

⁹ Francisco María González Quijado, quien residía en Cayo Hueso, era presidente de la Liga Patriótica y había sido invitado al evento en Tampa por Néstor Carbonell, presidente del Club Agramonte, para que tomara los discursos de Martí dadas sus habilidades de taquigrafía. Gracias a él conocemos los discursos “Con todos y para el bien de todos” y “Los Pinos Nuevos” de José Martí.

anular las diferencias ideológicas y políticas que existían, incluso con los revolucionarios tampeños, algunos de los cuales lo acompañaban. De esa histórica visita surgió como fruto final, la fundación del Partido Revolucionario Cubano, del cual quedó el propio Martí como presidente, y como secretario el C. Francisco María González Quijado, presidente de la Liga Patriótica Cubana de Cayo Hueso. A su partida el 6 de enero de 1892, Martí recibió, a través de la hija del pastor Deulofeu, una copia del Nuevo Testamento de la Biblia con una extensa dedicatoria (Deulofeu, 1904: 87). De acuerdo con Deulofeu, “en menos de tres meses quedaron unidas las tres poderosas emigraciones de Cayo Hueso, Tampa y New York” (Deulofeu, 1904: 109).

Las actividades independentistas se unían a la organización de obras sociales en las iglesias de Cayo Hueso. Durante la crisis financiera de 1893-94, el pueblo, por iniciativa de la Congregación presidida por Manuel Deulofeu, organizó una cocina económica que llegó a impartir más de doscientos mil platos de comida. Esta misma obra la efectuaban en Ibor City y West Tampa las iglesias Bautista, Congregacionalistas y Metodista. Al principio de la revolución de 1895, eran atendidas y remediadas por el referido pastor de la Iglesia Metodista de Cayo Hueso muchas de las necesidades de los jóvenes acuartelados y durante el tiempo que duró la guerra, la casa del pastor era constantemente visitada por comisiones provenientes del campo revolucionario a las que se les proveía de ropa, medicina, calzado, hilas y vendas (Deulofeu, 1904: 42).

Por su parte, en Cuba, luego del levantamiento del 24 de febrero de 1895, el fundador de la Iglesia “Fieles a Jesús” de La Habana, que funcionaba como un centro de conspiraciones, el pastor Pedro Duarte, fue detenido junto a otros conspiradores y expulsado de la Isla. Se estableció entonces en Ibor City, donde continuó desempeñándose como pastor. Después de la muerte de Antonio Maceo se fundó el club Escolta de Maceo, del cual Pedro Duarte fue presidente. Dicha asociación tenía el objetivo de recaudar fondos para la guerra. También fue Presidente del Club Revolucionario Invariables de Cayo Hueso. A solicitud de José Martí, Pedro Duarte viajó a Nueva York y en 1892 ayudó a Martí a fundar una facción del Partido Revolucionario Cubano en Matanzas. Desde 1896 fue miembro del Consejo del Partido Revolucionario Cubano en Tampa y posteriormente, presidente del mismo.

Pedro Someillán es otro nombre citado por Martí en su periódico *El Patria*. Se trata de un miembro de la sociedad secreta Convención

Cubana, que públicamente se conocía como una logia bajo el nombre de Luz de Yara. Las palabras de Martí fueron: “Ya es Pedro Someillán, el desinteresado organizador, que no apetece fama para sí, sino el premio de ver juntos, en espíritu puro y marcial, a los cubanos generosos” (1892). Su hijo, Enrique Someillán era pastor en la misión cubana metodista y ejerció durante la guerra (1895-1898) el pastorado en Cayo Hueso, al mismo tiempo que lo hacía en La Habana, lugares donde desempeñaba labores en favor de la guerra.

LA OBRA PATRIOTA DE LOS MISIONEROS EN CUBA

Después de que se firmó la paz de Zanjón que dio fin a la contienda de los Diez Años, los episcopales de Cayo Hueso enviaron a los pastores cubanos a la isla. Tales fueron casos como el de Pedro Duarte en Matanzas y Evaristo Collazo en Santa Clara. Por la misma época pastores metodistas, como Aurelio Silvera, se establecieron en la capital (Masón, 2006: 25). Estos cubanos ofrecieron su apoyo decidido a la causa de la independencia, en tanto que su obra está ligada al nacimiento de diversas Iglesias en la isla.

Alberto de Jesús Díaz, quien llegó a ser capitán del ejército mambí según reza en su lápida en el cementerio bautista, fue precursor de esta obra. Asimismo, Juan Bautista Báez, quien se ha mencionado líneas arriba por su estadía en Cayo Hueso, desarrolló un intenso trabajo misionero en la Isla entre 1883 y 1884, y simultáneamente participó en la fundación de la primera Iglesia no Católica Romana en Cuba “Fieles a Jesús” en Matanzas, junto con Pedro Duarte a mediados de 1883. Luego de alejarse de Cuba para realizar estudios teológicos en Estados Unidos, regresó en 1890 como misionero. La iglesia “Fieles a Jesús” se convirtió en un centro conspirativo y de apoyo a las fuerzas revolucionarias.

Por su parte, la Iglesia Presbiteriana inició en 1890 en La Habana, en Santa Clara y otras ciudades cubanas a través del obrero torcedor de tabaco Evaristo P. Collazo. Este personaje se asoció primero a la Iglesia Episcopal, donde entabló amistad con Pedro Duarte, y posteriormente a la Bautista, en la que conoció al pastor Alberto J. Díaz, pero resultó expulsado de esta última.

De acuerdo con el citado profesor de Historia en el Seminario Teológico de Matanzas, Carlos Molina (2011: 76) su participación en las luchas por la independencia de Cuba está bien comprobada. Durante

1893 y 1894, cuando vivía en Santa Clara, estaba en contacto (bajo la cobertura de su logia masónica) con los generales José B. Alemán y Francisco Carrillo para el alzamiento de febrero de 1895, motivo por el que se trasladó a la provincia de Pinar del Río, se incorporó al campamento del general Pedro Delgado y sirvió como agente de enlace con los complotados en las poblaciones. Además, actuó como enfermero y dentista de los mambises. A partir de 1898, se incorporó al campamento El Caimán, donde su primo, el coronel Emiliano Collazo, lo designó primer teniente del Ejército Libertador. Posteriormente, habiendo alcanzado el grado de subteniente, tuvo una destacada labor en la Cuarta Brigada del Departamento Occidental.

El inicio de la Iglesia Bautista en Cuba está ligado al nombre de Alberto J. Díaz, Pastor de la Iglesia Getsemaní en La Habana, quien mantuvo una estrecha relación con Juan Gualberto Gómez y Antonio Maceo. Durante la guerra de 1895, fue comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias en La Habana, actividad por la que fue arrestado, pero influentes bautistas en Estados Unidos presionaron a su gobierno para que interviniera y fuera liberado. Díaz partió a Estados Unidos donde permaneció hasta el fin de la guerra, primero en Louisville, y luego en Atlanta, ciudades desde donde recaudó dinero y armamento para los cubanos en lucha, enviando tales ayudas incluso directamente al General Maceo, con quien estableció activa correspondencia. En Atlanta se fundó la Sociedad Cubana de la Cruz Blanca con el objetivo de brindar socorro a los heridos y enfermos de la guerra. El reverendo Díaz presidió esta sociedad para lo que aprovechó sus amistades y múltiples contactos. Meses más tarde, la sede de la sociedad fue trasladada a Nueva York .

A su regreso a Cuba en 1898, ya alcanzada la independencia, se desempeñó como pastor enviado de la Junta de Misiones Domésticas de la Iglesia Bautista occidental de Estados Unidos. Desde su labor simbolizó la más tenaz resistencia en contra de la intervención norteamericana y de la enmienda Platt, lo que le ocasionó desavenencias con la Junta, la que le urgió que la Iglesia no interviniera en asuntos de política. Esto le llevó a una ruptura con la denominación y a desempeñarse como predicador independiente. En 1910 se adhirió a la Iglesia presbiteriana como predicador sin ningún sueldo. Los presbiterianos le asignaron como asistente a H. B. Someillán, quien se había separado de la Iglesia metodista.

Otro nombre mucho menos conocido es el de José Victoriano de la Cova, quien se desempeñó siendo joven como lector laico de la iglesia

Episcopal en Cuba donde el obispo comenzó a prepararle para el ministerio. En 1885 fue bautizado en la denominación bautista y se unió a la Iglesia Getsemaní en La Habana de la que era pastor Alberto J. Díaz. Debido a persecuciones religiosas emigró a Estados Unidos donde realizó estudios teológicos y en 1889 se ordenó en el ministerio en la ciudad de Portland y regresó a La Habana como pastor de la Iglesia Bautista en el barrio del Pilar. En 1896, emigró a la ciudad de Tampa, Florida, donde estableció una iglesia bautista para los cubanos de la cual estuvo al frente hasta 1899, año en que retornó a Cuba. En Tampa prestó gran ayuda a los exiliados. Fue amigo cercano de Jose Martí a quien había conocido en La Habana desde 1879 (Molina, 2011: 72-74).

Los protestantes crearon una eficiente red de congregaciones por donde fluían las ideas, los recursos y el apoyo mutuo. Jean-Pierre Bastian proporciona el dato durante esta época de unas cuarenta o cincuenta congregaciones donde se agrupaba un millar de miembros y otro tanto de simpatizantes (1998: 153 citando a Bethel, 1992: 212).

LA OCUPACIÓN ESTADOUNIDENSE

Con la entrada de Estados Unidos en la guerra en 1898 se definió la contienda. Según Leal, investigaciones en 1911 y 1975 dieron como resultado que la explosión del acorazado norteamericano Maine, que causó su hundimiento el 15 de febrero de 1898, fue originada en el interior de la nave, lo que sugiere un autoatentado por parte de Estados Unidos para declarar la guerra a España e intervenir en la lucha de los cubanos (Leal, 1998: 296- 322). Como fuere, la firma de la paz en agosto de 1898 daba fin a la guerra y España perdía sus últimas colonias en América: Cuba y Puerto. Así comienza una nueva etapa histórica en la Isla: la intervención norteamericana que se prolonga hasta 1902. La Asamblea Constituyente se ve obligada a incluir en la Constitución un apéndice (Enmienda Platt) en virtud del cual, aunque Estados Unidos hizo entrega del gobierno de la isla a los cubanos, se reservó derechos como el de intervenir en Cuba cuando lo estimaran conveniente y que se les arrendaran territorios para fines militares, origen de la Base Naval de Guantánamo.

Se afirma que el escaso arraigo del catolicismo y sobre todo el descrédito ganado a pulso por la Iglesia, permitieron que las tradiciones de origen protestante se establecieran en Cuba sin demasiado

conflicto con la llegada de los norteamericanos. Esto es cierto, pero el protestantismo en Cuba no fue percibido de inicio como algo amenazante que llegó con la dominación. Para entonces, gozaba ya de cierta consideración y era visto con buenos ojos por algunos sectores de la población cubana aún antes de la intervención. Sin embargo, también es cierto y no puede omitirse lo señalado por Yoana Hernández respecto a este tema: “La intervención norteamericana en Cuba [...] tuvo entre sus ejecutores a muchos misioneros protestantes” (2010: 128) y en otra parte citando a la investigadora estadounidense Margaret E. Crahan (1978) la autora escribe: “[...] el protestantismo no entró en Cuba al mismo tiempo que la penetración política y económica de los Estados Unidos por mera casualidad, sino como su ayudante íntimo. Las iglesias estaban convencidas de que la salvación no se basaba simplemente en aceptar las creencias religiosas dominantes en Norteamérica, sino en adoptar las instituciones políticas y económicas, así como las prácticas de los Estados Unidos” (Hernández, 2010: 130).

Las misiones en Cuba de las Iglesias protestantes norteamericanas, estuvieron ligadas a las juntas de misiones. En este punto se asemejó más al proceso de la expansión protestante ocurrido en el resto de América Latina en el siglo anterior. Su simpatía con las aventuras expansionistas de Estados Unidos, como ha sido recurrente en los conflictos políticos llevados al terreno religioso, no encontró impedimento moral alguno. Incluso encontraron justificaciones teológicas y Cuba fue a partir de ese momento una tierra de misiones de obligada atención. No todas las denominaciones mostraron la misma postura. Algunas favorecían la anexión, como el caso de los episcopales, otras un protectorado, en tanto que los cuáqueros y los unitarios anti-intervencionistas asumieron la vía de la paz y se opusieron al uso de la fuerza en cualquiera de sus formas (Hernández, 2010: 121). Se entiende que quienes favorecían la intervención también tenían entre sus razones la clara oportunidad de expandir sus ideas religiosas.

Durante la etapa de la intervención norteamericana el protestantismo que podríamos llamar “cubano” se desdibujó al ser desplazado por uno de carácter misionero, proveniente de Estados Unidos, en cuyas manos quedó la dirigencia de las iglesias y de sus diversas obras, entre las que destacaban las escuelas. De por sí, según Jean-Pierre Bastian (1998: 154) las redes protestantes creadas por sus dirigentes cubanos habían sido trastornadas cuando comenzó la última guerra

de independencia no sólo porque sus miembros se unieron a la lucha armada o huyeron de la Isla sino porque “los templos fueron cerrados y las actividades religiosas prohibidas desde 1895 por orden del capitán general de la isla, de tal modo que para 1899, al regresar, todo estaba por reemprenderse de nuevo”.

Con lo anterior no debe entenderse que antes de esta época las iglesias cubanas eran independientes, pues de hecho eran supervisadas y recibían apoyo de las denominadas “iglesias madres” de Estados Unidos. Sin embargo, las llamadas juntas misioneras que llegaron a Cuba junto con la intervención militar¹⁰ imprimieron desde la raíz otro rumbo al joven y floreciente protestantismo de la Isla que tuvo repercusiones también en el ámbito de lo político y económico. Incluso las finanzas de las iglesias crecieron notablemente, de modo que es la época de construcción de templos y otros edificios congregacionales de muy buena estructura.

Por otro lado, aunque imbricada en este mismo cristianismo histórico, sin ser posible delimitar inequívocamente las diversas corrientes, claramente encontramos también en este protestantismo temprano una tendencia nacionalista, pero el esfuerzo realizado en aras de iglesias reformadas genuinamente cubanas fue desvalorizado por las juntas misioneras. Pastores, que en muchos casos habían sido los fundadores de las iglesias, tanto en La Habana como en Matanzas y otras zonas del interior, fueron desplazados y reemplazados por pastores norteamericanos.

Ahora bien, es importante precisar el alcance real de aquellos sucesos para la historia de Cuba al ser interpretados como estrategia de dominación del gobierno norteamericano. Y es que, analizar la presencia evangélica en Cuba de principios de siglo XX sólo desde la perspectiva de las juntas misioneras sin tomar en cuenta el protestantismo pionero netamente cubano y muy patriota, conduce a conclusiones muy parciales sobre este fenómeno. De hecho, una importante lucha ideológica tuvo lugar al interno de las iglesias, un tanto velada pero siempre presente, que finalmente dio paso a un protestantismo local que, para la época de la Revolución Cubana (1959) era ya bastante sólido, y nuevamente jugó un papel protagónico en la transición al socialismo. Incluso,

10 Juntas misioneras en Cuba: Home Mission Board (bautista), American Church Mission Board (episcopales), Board of Foreign Mission (presbiterianos del sur de EU) y la Home Mission Board (metodistas episcopales del sur de EU) Estados Unidos. (Ramos, 1986: 201).

más tarde, daría lugar a productos tan notables como es una teología protestante que podríamos considerar netamente cubana.

CONCLUSIONES

El establecimiento formal del protestantismo en Hispanoamérica, comenzó a partir de que triunfaron los movimientos de independencia en las antiguas colonias españolas, casi a principios del siglo XIX. No obstante, al permanecer Cuba bajo el dominio colonizador hasta el final del siglo, el arribo protestante en la Isla no se enmarcó en este mismo proceso sino que tomó tintes muy particulares.

Las primeras Iglesias reformadas en Cuba, más allá de las pequeñas congregaciones de extranjeros previas, no fueron producto de las misiones emprendidas por las iglesias norteamericanas a través de las Sociedades Bíblicas, como ocurrió en el resto de América Latina, sino que fueron los propios cubanos quienes las fundaron.

En este trabajo se ha pretendido mostrar de un modo particular la estrecha relación que existió entre el movimiento independentista de Cuba y los emigrantes y/o exiliados cubanos en Estados Unidos, convertidos al protestantismo, principalmente para la guerra final que reinició en 1895 y concluyó en 1898, cuando Estados Unidos intervino en la contienda cubano-hispana. José Martí supo encontrar y articular el enorme potencial del movimiento independentista en tales colonias para el logro de sus ideales libertarios, y llegó a entablar estrecha amistad con algunos de aquellos patriotas en el exilio.

Sin intentar afirmar que las redes tejidas en torno al movimiento independentista en Estados y en Cuba eran exclusivamente protestantes, se puede decir no sólo que el papel que jugaron las colonias cubanas en Estados Unidos para la independencia de Cuba fue insustituible sino que una gran cantidad de sus miembros pertenecían al protestantismo; algunos incluso, se habían ordenado como pastores, cuyo ministerio fue puesto al servicio de la causa patriótica de las más diversas formas. Además, fueron ellos quienes llevaron el Evangelio a Cuba, al estilo de la Reforma, mucho antes de que las Home Missions hicieran su arribo durante la intervención de Estados Unidos, etapa en la cual, el proselitismo protestante adquiere connotaciones más semejantes a la forma que adquirió en el resto de América Latina. ❁

BIBLIOGRAFÍA

- Bastian, J. P. (1990). *Historia del Protestantismo en América Latina*. México: CUPSA.
- _____ (1994). *Protestantismo y modernidad latinoamericana: historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*. México: FCE.
- Cepeda, R. (1976). Los misioneros patriotas. *Juprecu*, 15 (1), La Habana, pp. 8-16.
- Cepeda, R. (1976). Los misioneros patriotas, *Juprecu*, 15(2), La Habana, pp. 8-10.
- Deulofeu y Lleonart, M. (1904). *Héroes del destierro: la emigración, notas históricas*. Cienfuegos: Impr. de M. Mestre.
- González Tasse, I. (s/f). Los misioneros patriotas. [Documento inédito].
- Hernández González, M. (1993). La orden cubana de los Caballeros de la Luz en el exilio norteamericano. En Ferrer Benemil, J. A. (Ed.). *Masonería española y América* (pp. 401-414). Zaragoza: CEHME.
- Hernández Suárez, Y. (2010). *Iglesias cristianas en Cuba. Entre la Independencia y la intervención*. La Habana: Editora Historia.
- Martí, J. (1892, junio 25). El Partido. *Periódico Patria*.
- Massón Sena, C. (2006). *La Revolución Cubana en la vida de pastores y creyentes evangélicos*. La Habana: La Memoria/ Centro Cultura Pablo de la Torriente Brau.
- Molina Rodríguez C. (Comp.). (2011). *Protestantismo en Cuba. Recuento Histórico y Perspectivas desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Volumen 1: Panorama general. La Habana: Editorial Caminos y Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.
- Ramos, M. A. (1986). *Panorama del Protestantismo en Cuba. La presencia de los protestantes o evangélicos en la historia de Cuba desde la colonización española hasta la revolución*. San José Costa Rica: Editorial Caribe.

PÁGINAS WEB

- Bastian, J.P. (1998). Emancipación política de 1898 e influencia del protestantismo en Cuba y Puerto Rico. *Anuario de Historia de la Iglesia*, (7), 145-158. Enlace permanente: <http://hdl.handle.net/10171/9028>.
- Constitución de la Monarquía Española, 1876. http://www.congreso.es/constitucion/ficheros/historicas/cons_1876.pdf. Recuperado el 18 de agosto de 2014.

- De la Paz J. R. (2001). *La historia de la Iglesia Episcopal de Cuba*. Tesis de grado. Versión en línea 2008. En: <http://anglicanhistory.org>. Recuperado el 4 de marzo de 2014.
- En: https://www.academia.edu/5347219/_Aproximaci%C3%B3n_a_la_historiograf%C3%ADa_de_la_masoner%C3%ADa_latinoamericana. Recuperado el 12 de febrero de 2014.
- Leal Cruz, M. (1998). *Cuba 98: Guerra y prensa. Controversias y disfunciones en torno al Maine. Especial referencia a los rotativos norteamericanos*. Ponencia presentada en el XIII Coloquio de Historia Canario-Americana, Las Palmas de Gran Canaria. En: <http://www.americanistas.es/biblio/textos/08/08-021.pdf>. Recuperado el 4 de marzo de 2014.
- Mondragón, C. (2005). Protestantes y Protestantismos en América Latina: reflexiones en torno a la variedad de experiencias en su introducción. *Espacios de diálogo*, (2), Abril, http://www.cenpromex.org.mx/revista_ftl/ftl/textos/carlos_mondragon.htm. Recuperado el 19 de abril de 2014.
- Sociedad Patriótica de La Habana. (1838). Apuntes para la Historia de la Isla de Cuba. Sitio y toma de esta plaza por los ingleses. En *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*. La Habana, pp. 352-375. En: <http://books.google.es/books?id=9SosAAAYAAJ&hl=es&pg=PA1#v=onepage&q&f=false>. Recuperado el 6 de abril de 2014.